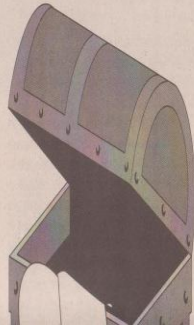


Expresión

# La promesa de los héroes

Marco de León Espitia  
Montería

Entre las cosas viejas que todo viejo guarda, la vieja Agripina cuidaba con especial esmero un cofre de madera forrada, armado con broches de bronce, con tal consagración que parecía querer protegerlo del paso del tiempo. Fue un regalo de bodas, y desde entonces siempre anduvo con ella. Primero en la finca donde se instaló con el viejo Elzevial para ahorrarse en la vida



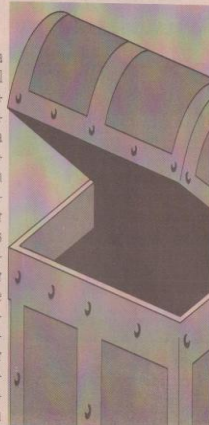
pinó fue a sacarme de la cama para que la acompañara a una diligencia que en el momento no quiso detallarme. Entré en la habitación exhibiendo un sigilo de precisión sin distracciones que se antojaba a sus años impracticable. Toda la estrategia de lo que sería el lunes, incluyendo mi silencioso rapto cuando apenas el sol se anunciaba, fue planeada durante el fin de semana con la meticulosidad de un general retirado y su acostumbrada

Expresión

# La promesa de los héroes (II)

Marco de León Espitia  
Montería

(...)Nos acercamos a una mesa de fríos estacionada al final del corredor para apuiguar el primer brote de insubordinación visceral de la mañana y no desvirtuar detalles en nuestra preparación para la entrevista en la Alcaidía. También para dar tiempo a que llegaran los empleados y se abrieran completos los despachos. A pesar de su metuda imagen, que bien podría inspirar sospechas sobre una nutrición desatendida, la abuela tenía por costumbre no tomar decisiones importantes con el estómago vacío. Por eso también



gunas demoras propias del correo, nuestra cancillería en Francia confirmó que en los años solicitados en la relación la señorita Mademoiselle Micaela Franz efectivamente residió en el 13 Rue D'Alger, París. Y que además recibía correspondencia regular de París, Colombia, según consta en oficio anexo de la Oficina de Inteligencia Militar en donde aparecen también otros detalles sobre el remitente, fechas y otras cosas de menor importancia. Esto, sin duda, es un avance significativo.

-Eso quiere decir que ya podemos concluir el negocio'- interrumpió la abuela.

-No del todo- se apresuró a contestar el oficial. Está vez, cambiando el rumbo de su voz y los ademanes hacia una minúscula expresión de fastidio que delataba su obligación de sortear los casos difíciles - aún falta verificar, según su información, que Micaela Franz y usted son la misma persona -socio- pero eso con toda seguridad, es cosa de menos tiempo.

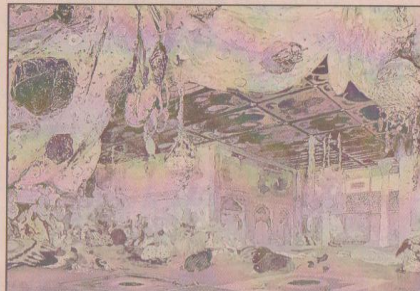
-¿Y eso qué importa? in-

Expresión

# La promesa de los héroes

Marco de León Espitia  
Montería

(...)«Vea jovencito, eso de que no tienen la culpa es para discutir- la voz de la abuela había adquirido un vigor repentino que gracias a la certidumbre de su abolengo mantuvo sometida a la compostura de esto habría pasado si desde chiquitos les hubieran enseñado a pagar la comida en efectivo como las balas. Y si tuve que irme escondida fue porque ustedes no entendieron que ya no teníamos con que mantenerles el apetito de jornaleros que se gastaban. Le agradecería que no me saliera con esas excusas, porque a mí me tocó vivir lo que a us-



- Sírvase hacernos la relación de los bienes a cancelar ron la que prometía ser la última salida de París, tras la

guerra. Pero debes prometerme que será un secreto hasta el día en que hagas regresar a la familia lo que le pertenece. Es la mejor manera de conservar lo único que no pudieron llevarse: la dignidad.

Así lo hice, y pude advertir su complacencia. Abrió el cofre con una solemnidad breve, sin vacilaciones, con la misma libertad sigilosa que lo hacía cuando estaba sola. Sacó los retratos envejecidos de un pasado tan lejano que se desdibujaba en la memoria como el color de las imágenes desteñidas sobre el papel. Les regaló un guiño mezquino sin la acostumbrada bendición para conjurar el olvido y los colocó

## LA PROMESA DE LOS HÉROES

*Marco De León Espítia*

Todo viejo guarda cosas viejas, la abuela Agripina no era la excepción. Entre sus pertenencias más preciadas se encontraba un cofre de madera forrada, armado con broches de bronce, que cuidaba con especial esmero y tal consagración, que parecía querer protegerlo del paso del tiempo. Era un cofre pequeño, del tamaño de un paquete de galletas. El forro de gamuza roja permanecía adherido a la madera, intacto, sin rasgaduras. El color, por el contrario, fue abandonando su lugar dejando restos demacrados que hablaban de su antigüedad con una imagen triste de aparente olvido y desamparo, que lo protegían de la curiosidad ajena. Fue un regalo de bodas y desde entonces siempre anduvo con él. De adolescente, en la finca donde se instaló al lado del viejo Ezequiel para abrirse paso en la vida con el ímpetu de las familias recientes y después, viuda, lo guardaba en el armario de la ropa en el fondo de un cajón con doble llave. Para sacarlo de la gaveta la abuela Agripina se encerraba en su cuarto cuando menos gente había en la casa, unas veces en la mañana, cuando se disponía a salir, y otras en la noche, para verificar que todo estuviera en orden. Al abrirlo, aparecían los retratos oxidados de algún recuerdo importante, con protagonistas de otro tiempo, que serían irreconocibles sin la guía de la memoria; después se encontraban sobres de correo, algunos sin sello, sin remitente y con las fechas borradas, el destinatario se repetía en todos ellos con una caligrafía impecable y la misma dirección: SEÑORITA MICAELA FRANZ. 13 Rué D'ALGER. PARIS.

A los retratos les regalaba siempre una ojeada rápida y una sonrisa discreta, como si pretendiera exorcizarlos del olvido, a veces los bendecía con un beso y los apartaba sobre la cama. Aunque aquellas imágenes evocaban valiosos recuerdos, desde el principio evidenciaba su verdadero interés en los sobres, sin ocultar una ansiedad renovada cada vez que los contemplaba. Con la plenitud de una ceremonia solemne, primero revisaba el orden de los mismos, cuyas frágiles referencias sólo la abuela conservaba en la memoria, luego los contaba y por último cotejaba el contenido sin sacarlo del sobre. A pesar de no haberse perturbado ese orden durante varios años, cada vez que lo constataba lo celebraba en el

silencio de su cuarto, con el gesto reposado de un triunfo irrecusable, como la victoria de una batalla cuya guerra estaba por terminar. El ritual finalizaba con la mirada extraviada en la calina de los años, desenterrando complacida los recuerdos de un tiempo que deseaba concluir, y con el cofre en el fondo del armario protegido por su mezquino semblante.

Un lunes iniciando el mes, demasiado temprano para encontrarme en disposición de salir, la abuela Agripina me sacó de la cama para que la acompañara a una diligencia, que en ese momento no quiso detallarme. Entró en la habitación exhibiendo un sigilo de precisión sin distracciones que me parecía impracticable a sus años. Toda la estrategia de lo que sería el lunes, incluyendo mi silencioso raptó cuando apenas el sol se anunciaba, fue planeada por la abuela Agripina durante el fin de semana con la meticulosidad y la prudencia de un militar paranoico. Entró sin hacer ruido y se sentó en el borde de la cama.

–Sssshh– dijo, tapándome la boca con su mano – levántate sin hacer ruido. No preguntes nada que yo después te explico. Necesito que me acompañes a una diligencia importante que a ti también te conviene, vístete y sal por el patio sin que te vean, nos encontramos en la canchita de la iglesia. ¡Apúrate! –

En la penumbra del cuarto pude distinguir en su vestido la elegancia de otros tiempos, que desempolvaba cuando quería mostrar a plenitud sus mejores recuerdos. Llevaba también el sombrero tejido que sólo usaba para ir a misa los domingos y un velo de hoyos grandes que dejaba ver el brillo de sus ojos inquietos. Entre las manos, apretado contra su cuerpo, reposaba el cofre de madera forrada donde atesoraba el misterio de un sueño difícil de entender, preparado para despertar de un letargo prolongado. A aquella imagen embalsamada por el tiempo extraviado, pertenecía también el intenso perfume de Jazmines que inundó la habitación, cuyo rastro pude seguir medio dormido hasta la canchita de la iglesia.

La desacostumbrada prisa de la abuela parecía propiciada por el apremio de un día que empezó a consumirse para ambos antes de comenzar para el resto del pueblo y que presentí fastidioso por el calor insoportable que

amenazaba con derretir los ánimos desde antes de que el sol saliera completo.

El ambiente enrarecido por los perfumes y la misteriosa actitud de la abuela hacían desear un día vertiginoso que nos permitiera a los mortales reencontrar, lo más pronto posible, la paz en la imperturbable quietud de la noche en aquel pueblo polvoriento donde no había nada nuevo que olvidar. Caminamos sin cruzar palabras desde la canchita de la iglesia hasta *la estación de la Bonga* que era al mismo tiempo la entrada y la salida del pueblo. El silencio de la abuela hizo más corto el camino y hasta me suscitó cierto interés ladino en lo que pudiera seguir. Nos sentamos a la orilla del camino sobre el grueso tronco de una Bonga caída que convocaba a los viajeros que salían a esperar transporte para ir a la capital. En los tiempos de la guerra, sin moverse de su sitio, había servido como trinchera para las tropas amigas y enemigas del gobierno, y mucho antes, como incitador de los primeros amores que fundaron Paraíso a orillas de aquel camino extraviado. Fuimos los primeros de ese día en sentarnos sobre el tronco de la Bonga monumental a esperar los desvencijados carros que venían de los suburbios de la capital, obligados por un destino inevitable, a buscar pasajeros para acercarlos a la ciudad. Llegaban con la máxima velocidad y el menor estruendo que podían, recogían la carga y los pasajeros que estuvieran listos y se alejaban de prisa, sin mirar hacia atrás, como intentando impedir con su arrojo que la muerte los sorprendiera en Paraíso. Algunos simplemente un día no regresaban más y eran reemplazados por otros que también anunciaban con su trepidar agonizante la desolación de los últimos días. Allí la abuela comenzó a contarme, quizás obligada por lo que pudiera inquirirle la profundidad de mi silencio, parte de sus planes para ese día.

– Como te habrás dado cuenta vamos a viajar a la capital – comenzó diciendo – pero en realidad no hemos ido a ninguna parte. Estuvimos todo el tiempo caminando por el monte. ¿Entendido? – Recuerdo que asentí con la cabeza – Ella continuó: – Visitaremos a una persona importante que tiene que ver con lo que llevo en el cofre, por el momento no puedo adelantarte más del asunto, solo advertirte, y esto es muy importante, que si algo pasa debes asegurar el cofre, aun si tienes que escoger entre el

cofre y yo para llevar de regreso, llévatelo a él que yo estoy muy vieja para valer algo.

Aquello no era definitivamente cuestión de edad. La importancia del cofre no estaba en los incontables días que lo ligaban a la abuela, si no en su contenido. Al fin y al cabo ambos parecían haber sido hechos al mismo tiempo, al principio del mundo.

El carro llegó a los pocos minutos, envuelto en una nube de polvo que se disipó por su propio peso y anunciándose con los escopetazos del escape, dio la vuelta para quedar con el frente hacia el camino por donde había venido y se estacionó frente a nosotros. El chofer tenía las grietas del camino dibujadas en el rostro y otras más de origen inescrutable que le daban una apariencia áspera, a la medida de aquellos parajes. Nos miró incrédulo y algo contrariado, tal vez por el aspecto engalanado de la abuela que nada tenía que ver con el día que se presagiaba o por haber encontrado tan sólo a dos parroquianos que no compensaban el esfuerzo invertido en llegar a Paraíso. En esencia nuestra escuálida presencia le significaba permanecer más de lo deseable en aquel sitio a la espera de pasajeros, lo cual parecía ser en últimas la causa de su semblante descompuesto. La abuela me tomó del brazo y indicándome que me ubicara en los asientos delanteros, seguidamente hizo lo mismo y cerró la puerta del carro asegurándola con un hierro en forma de herradura. Acomodó el cofre entre las piernas y lo cubrió con el sombrero.

– ¡Nos vamos en expreso! – dijo – y por favor nos deja en la puerta de la Alcaldía.

El rostro empedrado del chofer, cuyos cráteres de paisaje lunar hostigado por minúsculos aerolitos le otorgaban un aire indiscutible de barro recién hervido en las altas temperaturas del camino, se iluminó de repente con una sonrisa amplia, amalgama de complacencia con algo de lástima mesurada.

– ¡Como ordene mi Doña! – respondió –. Y arrancó sin dar tiempo a que un arrepentimiento imprudente embistiera su fortuna. Las palabras balsámicas de la abuela encendieron en aquel solitario devorador de

caminos repetidos una perorata incontenible que pretendía, con un desatino pavoroso, mantenerla a gusto durante el viaje el cual duraría una hora más de lo normal con el mejor esfuerzo del vehículo.

La abuela respondía con monosílabos que la mayoría de las veces no encajaban como respuesta. Pero igual, el mulato reía sobre el volante como si estuviera festejando la exótica ocurrencia de un linaje indescifrable al que prefería mantener distante pero satisfecho.

Durante el viaje la abuela se mantuvo abstraída, rumiando pensamientos que parecían ser el repaso detallado de sus planes. Daba la impresión de estar viajando hacia un destino inconcebible. El único momento en que pareció emerger de sus ideas fue para responder, con una contundencia capaz de concluir el tema, cuando el chofer le preguntó por el contenido del cofre.

– Tendría que comenzar desde antes de que tu nacieras – le dijo – y contarte una guerra que no has vivido; a pesar del carro no hay tiempo para tanto. Cerró el asunto devolviendo la mirada sobre los pastizales secos que yacían bajo varias capas de polvo con la complicidad de un verano inclemente. El chofer pareció entender el mensaje y siguió sin incomodarse con su perorata soporífera.

Al llegar a la capital la abuela sacó del pecho una cartera de tela con flores iguales a las del vestido y le pagó el servicio al conductor indicándole con un ademán que se quedara con los vueltos.

– Es para que esté pendiente – le dijo – de regreso tendré que llevar varias cajas. Pase por aquí en una hora a ver si todo está listo.

Sin bajarse del carro, el mulato con cara de superficie lunar convino remedando un saludo militar que también sirvió de despedida. Se alejó con sus estertores a cuesta, para confundirse en la incipiente agonía del mundo recién despierto después de dejarnos en la puerta de la alcaldía.

Nos acercamos a una *mesa de fritos* instalada al final del corredor para apaciguar el primer brote de insubordinación visceral de la mañana y no

descuidar detalles en nuestra preparación para la entrevista en la alcaldía, también para dar tiempo a que llegaran los empleados y se abrieran por completo los despachos. A pesar de su menuda imagen, que bien podría inspirar sospechas sobre una nutrición desatendida, la abuela tenía por costumbre no tomar decisiones importantes con el estómago vacío, por eso también nos acercamos a la mesa. Nos atendió, sin interrumpir su oficio, una negra corpulenta que masticaba pedazos de masa cruda arrancados de una gigantesca bola, de la que mecánicamente tomaba porciones exactas para hacer empanadas y arepas de huevo. Por su edad, los modales y las cicatrices de su cuerpo en los brazos y cara, daba la impresión de haber sobrevivido a una batalla sin moverse de su sitio. Sin preguntarle, nos contó su versión de la guerra como una atracción del negocio, como un pedazo de historia, quizás muchas veces contada para cautivar clientela, en la que su valor aparecía como eximio protagonista.

- Por aquí pasó la guerra - dijo - Señalando el frente de la mesa - cuando se iban a tomar la alcaldía. El mismísimo alcalde iba al frente con una escopeta en la mano y el machete en la cintura.

- ¿Entonces lo conoce? - interrumpió la abuela.

- ¡Qué si lo conozco! - La negra rió con una jactancia que se le salía de la corpulencia - si aquí mismo sobre la mesa se paró gritando: "Salgan hijueputas que venimos por ustedes". Desde ese día no ha dejado de comprarme las empanadas del desayuno.

- ¿Y ya vino hoy? - volvió a interrumpir la abuela - me urge hablar con él en persona -

- Todavía no - contestó la negra - pero no demora. Dele una empanada al muchachito que tiene cara de hambre y no se desespere.

Media hora más tarde apareció por el portón del antiguo edificio de la alcaldía un cabo lánguido recién uniformado, estrenando una palidez y un candor inusitado que a todas luces lo colocaban en el bando de las tropas victoriosas que no alcanzaron a participar en la guerra, llegó a buscar el desayuno del alcalde. La negra corpulenta nos hizo señas para que lo

siguiéramos. Así lo hicimos hasta un recinto del segundo piso con olor a pintura fresca, decorado con un gusto digno de compasión; mezcla de instinto folclórico caribeño con exuberancia barroca. Esperamos unos segundos de pie hasta que apareció por una de las puertas laterales un oficial regordete de voz chillona que pretendía expresar con una musicalidad efímera para hacerla parecer amable. Por la sonrisa que le erizaba el bigote y el apretón de manos parecía conocer a la abuela desde antes. La miró por un momento como desde el fondo de un risco y le dijo con actitud de querer congraciarse, pero que también ocultaba una ternura lastimera:

– ¡Doña Pina! – el tono de familiaridad con que comenzó pareció agradar a la abuela más de lo que su rígida elegancia le permitía insinuar – mi mayor alcalde lamenta no poder atenderla personalmente como es su deseo, múltiples compromisos de Estado se lo impiden, pero me ha comisionado para que atienda lo relacionado con su caso, permítame decirle que he estado muy pendiente del asunto –

El oficial hizo una pausa mientras buscaba en las gavetas del escritorio, sacó un grueso rollo de papeles asegurados con una delgada cintilla de caucho, sopló sobre ellos para sacudir el polvo y los colocó de golpe en el escritorio frente a nosotros.

– Aquí está, a pesar de algunas demoras propias del correo, nuestra cancillería en Francia confirmó que en los años solicitados en la relación, la señorita **Micaela Franz** efectivamente residió en el **13 Rué D’Alger París**, y que, además, recibía correspondencia regular de Paraíso, Colombia, según consta en oficio anexo de la Oficina de Inteligencia Militar en donde aparecen también otros detalles sobre el remitente, fechas y demás cosas de menor importancia. Esto, sin duda, es un avance significativo.

– ¿Eso quiere decir que ya podemos concluir el negocio? – interrumpió la abuela.

– No del todo – se apresuró a contestar el oficial – está vez cambiando el rumbo de su voz y los ademanes hacia una minúscula expresión de fastidio que delataba su obligación de sortear los casos



difíciles – Aún falta verificar, según su información, que Micaela Franz y usted son la misma persona – sonrió – pero eso con toda seguridad es cosa de menos tiempo.

– ¿Y eso qué importa? – increpó la abuela un poco molesta – que tiene que ver que yo sea o no Micaela Franz, lo importante es que yo sea la esposa de mi marido, que en paz descanse, y eso ya se demostró. Entre los primeros papeles que le traje el año pasado está el acta de matrimonio con la firma del obispo autenticada, tal como me la pidió.

– Yo la entiendo mi señora – intervino de nuevo el oficial sin alterar su talante, en lo que ya parecía una discrepancia en curso de contienda campal – pero le ruego que comprenda lo delicado de la situación. Primero, porque está en juego el honor de la Nueva República, eso la convierte en asunto de Estado mayor, segundo porque estamos hablando de una suma muy importante para la economía nacional por lo cual todo debe hacerse con la mayor transparencia. Además, no es culpa nuestra que don Ezequiel Payares, su marido, haya endosado los documentos a una persona que aún no sabemos quién es; cosa distinta sería, mi señora, si lo hubiera hecho al portador. Se habrían evitado los trámites de identidad.

– Vea jovencito, eso de que no tienen la culpa es discutible – la voz de la abuela adquirió un vigor repentino que gracias a su abolengo mantuvo sometido a la compostura – nada de esto habría pasado si desde chiquitos les hubieran enseñado a pagar la comida en efectivo como las balas, y si tuve que irme escondida fue porque ustedes no entendieron que ya no teníamos con qué mantenerles el apetito insaciable. Le agradecería que no me saliera con esas excusas porque a mí me tocó vivir lo que a usted seguramente le contaron así que volvamos al asunto, quiero hablar con el Alcalde.

– Está bien mi señora, no se altere, veré que puedo hacer – dijo el oficial mientras parecía someterse sin mayor resistencia a la enérgica actitud de la abuela y entraba en silencio al mismo cuarto de donde había salido minutos antes – Regresó demasiado pronto, antes de lo que hubiera podido augurarnos buenas noticias. Con cierta contrariedad florecida

mostró la intención inocultable de acabar pronto con el asunto, como si ahora fuera más necesario que antes.

- Que pena mi señora, pero el camarada alcalde no puede atenderla. Le ruego de nuevo que lo excuse. Sin embargo, me ha autorizado a iniciar, a partir del próximo mes, pagos parciales para amortizar el compromiso previo cumplimiento de algunos requisitos que personalmente me encargare de tramitar -

La abuela lo miró sin pronunciarse mientras el oficial, que sudaba víctima de un aguacero interior, buscaba en los cajones del escritorio tres hojas rayadas con sello oficial que entregó a la abuela.

- Sírvase hacernos la relación de los bonos a cancelar en su debido orden, con la lista detallada de cada uno de los elementos en débito y nos la hace llegar lo más pronto posible - dijo - y no olvide que son cinco mil pesos en estampillas pro *monumento a la patria libre* por cada hoja tramitada.

La abuela creyó navegar por un momento en las aguas del tiempo perdido, persiguiendo inútilmente la indescifrable desobediencia de la fortuna y se sintió desatendida por el mundo que se repetía alrededor de sus años desperdiciados. Todos los insultos juntos de la vida no habrían podido fastidiar el garbo alimentado por el convencimiento de su estirpe, por eso, sólo enmudeció.

Regresamos a Paraíso en la tarde, inmersos en un silencio distinto al que acompañó la partida. Desde aquel día la abuela comenzó a vivir bajo un convencimiento sombrío, estafada por los antojos del único destino que se había trazado.

Ligados por la complicidad indisoluble de nuestro secreto planeamos varias veces el retorno a la capital en la soledad de su alcoba, pero los intransigentes trastornos de salud de la abuela impidieron la que prometía ser la última salida de Paraíso tras la promesa hecha por los fantasmas de la guerra.

Dos semanas antes de enfermar con una neumonía irreverente que la llevó al hospital, quizás persuadida por el presentimiento de un final impostergable, la abuela me llamó a su cuarto. Exhibía en los resquicios del rostro y la lentitud de sus maneras los restos de una vida malograda que empezaba a abandonarla con determinación.

- Siéntate aquí - dijo - señalando con obstinadas sacudidas de la mano un costado de su cama - ya estás grandecito y has demostrado ser un joven prudente y abnegado en quien se puede confiar. Algo de lo que también te pertenece ya hemos compartido; acércame el cofre.

Lo tenía sobre la mesa de noche, del otro lado de la cama. Ambos parecían estar esperando, en la quietud de sus momentos repetidos, el instante en que la providencia quisiera separarlos. Lo colocó sobre sus piernas y despejó un campo sobre la cama.

- Debes insistir - continuó diciendo - sin abdicar. Como lo habría hecho tu abuelo de no haber desaparecido sin dejar rastro entre los humos de la guerra. Pero prométeme que lo conversado será un secreto hasta el día en que hagas regresar a la familia lo que le pertenece. Es la mejor manera de conservar lo único que no pudieron llevarse: **la dignidad**.

Así lo hice, y pude advertir su complacencia. Abrió el cofre con una solemnidad breve, sin vacilaciones, con la misma libertad sigilosa que lo hacía cuando estaba sola. Sacó los retratos envejecidos de un pasado, tan lejano que se desdibujaba en la memoria como el color de las imágenes desteñidas sobre el papel. Les regaló un guiño mezuquino sin la acostumbrada bendición para conjurar el olvido y los colocó sobre la cama. Enseguida sacó los sobres y dejó el cofre sobre la mesa de noche. Con los sobres en la mano, como fortaleciendo con el tacto la fidelidad de los recuerdos, comenzó a contarme una larga historia que se perdía en el principio del mundo. Los sobres me los fue entregando de acuerdo con las fechas de su relato y me pidió que los leyera en silencio desde el primero. Eran muchos, incontables en aquella situación, dentro de cada sobre reposaba una carta de redacción precaria y menesterosa pero de la misma caligrafía diligente que se anunciaba por fuera. Todos dirigidos a Micaela Franz en París. Cosido a cada uno de ellos un pedazo de papel rectangular,

rústico, de bordes desiguales, alineados sin medida e impresos con diferentes tintas en donde los fantasmas de un pasado irrepetible tasaron su maldad:

**“EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DE LA REPÚBLICA POPULAR DEBE A:  
EZEQUIEL PAYARES. LA SUMA CORRESPONDIENTE A: (cincuenta reses y  
varias gallinas ó marranos por cada bono). PAGADEROS AL TRIUNFO DE LA  
REVOLUCIÓN”.**